

HOMENAJE AL SEÑOR SUAREZ

Discurso pronunciado al colocarse el retrato de don Marco Fidel Suárez en el Ministerio de Relaciones Exteriores, el 24 de julio de 1931.

Por LAUREANO GARCÍA ORTIZ

Excelentísimo señor Presidente, señoras y señores:

Por los años de 1920 y 1921, en este palacio de San Carlos, por obra de la política no siempre acertada, vino a ser fortuitamente ministro de Relaciones Exteriores un sujeto que, hallándose a sí propio falto de luces y de méritos, quiso honrar los de algunos predecesores, ya consagrados en la historia y en la cancillería de Colombia.

Al restaurar a su prístina y elegante sencillez este salón amarillo, propúsose hacerlo salón de honra, donde aparecieran y se perpetuaran las nobles efigies de quienes definieron el territorio patrio, determinaron la actitud internacional del país, y fijaron las líneas directivas que han caracterizado y distinguido la leal y clara diplomacia de Colombia.

Ya para entonces, en la sala de espera de los diplomáticos lucían, como lucen hoy, los retratos de Rafael Uribe Uribe y de Carlos Arturo Torres, y más tarde, donde se reúne la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores, comenzó a presidirla y sigue presidiéndola todavía el del doctor Nicolás Esguerra.

Mas para la iniciación de esta galería en el salón histórico en que nos hallamos, estuvo afortunado el ministro que tal cosa se propuso.

Habiendo querido que la efigie del Libertador y padre de Colombia fuera el origen y centro de tal concurso eximio, logró obtener para ese puesto el único retrato que existe de Bolívar como diplomático, pintado cuando en su juventud llenaba una misión en Inglaterra, acompañado de Andrés Bello y de López Méndez. Ese retrato, hecho por Gill, afamado artista inglés, discípulo de Reynolds, permaneció ignorado desde 1810 hasta que lo descubrió, cosa de un siglo después, en una galería londinense, el lamentado Julio Mancini.

Ese retrato, por su factura artística, por su vida juvenil, por su realismo no influido todavía por la sugestión de la grandeza ni por posterior idealismo simbólico, constituye el más auténtico y sincero de los documentos iconográficos del creador de naciones. Ese retrato y nuestra estatua de Tenerani, serán las imágenes donde las generaciones futuras abrevarán su ferviente e inextinguible curiosidad de saber cuál fue la figura material de Bolívar, y de qué manera se re-

velaba en esa figura la más fuerte y clarividente de las almas americanas.

Es increíble el poder adivinador de un verdadero artista. Con datos fragmentarios y de referencia, con miniaturas imperfectas unas, insinceras otras, con un perfil al lápiz del francés Roulin, con un medallón asimismo improvisado de David D'Angers —quien no vio nunca al Libertador— con tales elementos incongruentes, Tenerani, el discípulo del clásico Canova y el señalado luego por la gratitud de Colombia, adivinó, reconstruyó a Bolívar, haciendo obra impecable de escultura y de psicología. Sin conocer la auténtica y directa pintura de Gill, la completó y la verificó, comprobándose y justificándose ambas recíprocamente.

Si al joven de veintisiete años que vive en ese retrato se le ponen encima veinte años más de increíbles correrías a caballo, al través de un continente de leyenda, navegando en el Orinoco y en el Magdalena, batallando en la estepa sin límites y en las más altas cumbres de los Andes; veinte años de lucha con los elementos, de dominio de hombres y de creación de Estados; veinte años en que su espada, su pluma y su palabra fueron la primera espada, la primera pluma y el primer verbo de la América; veinte años de derrotas y de triunfos, de decepciones y de glorias, de ambición, de orgullo, de tristezas y de amores, tales veinte años convirtieran la juvenil figura que Gill pintó, en la "veneranda sombra" que Tenerani erigió en bronce perenne.

Mirad con aguda atención de artistas y de psicólogos el retrato de Gill: ahí lo tenéis. Luego, al salir de aquí, contemplad en la plaza mayor de Colombia la estatua de Tenerani, y podréis comprobar la lógica asombrosa de esa figura inconfundible, interpretada en dos obras maestras, por medio de dos artes diversas y por dos artistas, uno sajón y otro latino, con veinte años de intermedio.

La buena voluntad de la joven viuda de Mancini y la patriótica mediación de la familia materna, colombiana y procerca, del historiador de Bolívar, permitió al gobierno de entonces adquirir, no sin dificultades, para este salón, la imagen del Libertador, joven y diplomático, que nos envidia la gratitud americana de otros países.

Aquel oscuro ministro de Relaciones Exteriores que aquí la trajo, aspiró a colocarla entre los dos grandes diplomáticos de la Gran Colombia: don Francisco Antonio Zea, granadino, orador y presidente del congreso de Angostura, refinado plenipotenciario que cubrió de fausto, ante las monarquías europeas, la representación de una república flamante, apenas iniciada en la vida internacional, y don Pedro Gual, oriundo de Venezuela, creador de esta cancillería como ministro del general Santander, y negociador del congreso de Panamá y de la paz que siguió al triunfo de Tarqui, cuyos restos mortales, conformándose a su voluntad, fueron trasladados del Ecuador a Colombia en 1921 y reposan en nuestra Basílica Primada.

Se confió al maestro Acevedo Bernal la ejecución de los retratos de esos dos ilustres diplomáticos de Colombia la Grande. Con su puro y noble estilo nos dio el de Gual, y había empezado con éxito el muy

elegante de Zea, cuando el cambio del personal del gobierno presidido por el señor Suárez lo dejó inconcluso, ya para siempre.

Pero la aspiración de aquel ministro se extendió a formarle a ese centro dos alas, cada una de tres servidores eminentes del país, ya en los tiempos de la Nueva Granada separada o sea la actual Colombia. Una ala para la izquierda y otra para la derecha, en el sentido político de estas expresiones. La izquierda la formarían don Victoriano de Diego Paredes, austero e ilustrado repúblico, autor de su célebre memoria de 1850 como encargado de las Relaciones Exteriores en la administración López, en la cual define nuestro territorio y alega nuestros títulos, y luego, como diplomático colombiano en los Estados Unidos, de su libro fundamental sobre nuestros derechos disputados por países de Centro América; el doctor Manuel Ancizar, defensor de nuestros intereses y de nuestro nombre en la América del sur, el temperamento más genuinamente diplomático de nuestro suelo por su decorosa pulcritud, su estricta corrección y su tolerante dignidad; y el doctor Aníbal Galindo, el ardiente y hábil redactor del honrado y victorioso alegato colombiano ante el árbitro español en el litigio de fronteras con nuestra heroica hermana Venezuela. De esos tres liberales, sólo alcanzó el pintor Acevedo a terminar el retrato del doctor Ancizar.

La que llamó, talvez sin exactitud completa, el ala derecha, debería ser constituida por don Lino de Pombo, el eminente secretario de Relaciones Exteriores del Hombre de las Leyes en su segunda época de gobierno, cuando se definió Nueva Granada, se liquidó la deuda pública tripartita, se acentuó el ejercicio del patronato y se mostró soberana dignidad en conflictos con naciones poderosas; por don Pedro Fernández Madrid, el erudito, sesudo y consagrado oficial mayor de esta cancillería granadina y senador de la república, quien hizo entre nosotros la labor modesta pero eficaz de don Andrés Bello en la cancillería de Chile. Estos dos retratos ocupan su puesto señalado en este salón, debido a la generosidad patriótica de sus liberales descendientes, los Samper Madrid y los Pombo Piñeres.

Hoy se completa esa ala con el retrato del presidente Suárez, obra del maestro Cano, digna de aquél y digna del sitio. Este sencillo y austero homenaje, no rendido al discutido político, ni al indiscutible eximio escritor, sino al más agudo, eficaz y realizador de los internacionalistas colombianos, lo rinde un gobierno que no hubiera sido el desecado por ese estadista, pero que cada día da pruebas de su concepto integralmente nacional y de que no sólo en la palabra, sino en los hechos, visibles y cotidianos, en espíritu y en verdad, eleva la patria por encima de los partidos. A este homenaje de justicia y reparación ha querido el gobierno generosamente asociarme, y yo he aceptado con gratitud y con respeto. Siendo el señor Suárez jefe de un gobierno conservador, rindió personalmente el más elocuente y noble homenaje al doctor Manuel Murillo, prototipo de los liberales colombianos, al erigirse su estatua en el parque de la Independencia. Al gobierno de hoy, que no es un gobierno de par-

tido, tócale corresponder, si no con semejante elocuencia, sí con la misma elevación de alma.

*
* * *

No me propongo hacer el panegírico de quien se señaló en la vida con el nombre de Marco Fidel Suárez, ya inscrito en los anales de Colombia. De hacerlo me retrae mi afición por los métodos históricos, muy reñidos con la palabrería insustancial del panegírico; mi repugnancia por la ordinaria y gastada elocuencia del elogio propinado a diestra y a siniestra, en fórmulas estereotipadas, que así se acomodan al cacique elector, al periodista venal, al literato que nada bueno ni nuevo dijo nunca, a la medianía que se sentó en un sillón ministerial, al tenor parlamentario que con su do de pecho, sus cadencias de final de período y sus brazos alzados al techo del escenario, obtiene el aplauso baladí de barras ociosas. Y de ello, sobre todo, me retrae el recuerdo vivo de aquella sonrisa picaresca y desdenosa a la vez, con que Suárez recibía o leía los elogios excesivos, ineptos, falsos o interesados.

Tampoco pretendo, por la grandeza del empeño y la carencia de medios, hacer un completo ensayo, a modo de Macaulay o de Sainte-Beuve, sobre tan compleja y enigmática personalidad, lo cual no permitiría tampoco la obligada brevedad del momento.

Sólo aspiro a darle forma clara y sencilla a ciertas consideraciones mías, superficiales sin duda, pero sinceras, sobre algunos rasgos de su fisonomía intelectual y moral, ya que ahora se trata tan sólo de descubrir un retrato. Lo que sentiré toda mi vida es que lo escrito no esté a la altura de lo pintado.

Suárez, allá en lo más íntimo de su ser, podría abrigar oculto el conocimiento o el sentimiento de su propio muy considerable valer y de sus dotes, algunas excepcionales; pero jamás cultivó el propio reclamo, ni se hizo nunca propaganda a sí mismo, directa ni indirecta; no administró ni flotantizó su propia fama; no anduvo tras una nombradía efímera, de ruido, que nada deja ni funda, y que se obtiene sacrificando el propio decoro y disminuyendo la propia personalidad, en vez de acrecentarla ante la pública opinión.

Empero, el cálculo de esos socios, no capitalistas pero sí industriales, en la gerencia de su propia fama, debe de ser errado, porque al salir del país va uno oyendo que se pronuncia con admiración y respeto el nombre de Suárez, quien nunca exhibió títulos académicos, ni condecoraciones, ni lista de obras, al paso que el nombre de aquellos activos industriales, o resulta ignorado por pasar confundido con los anuncios de ungüentos y de píldoras, o se pronuncia con sonrisa de valor entendido.

Con ocasión de la muerte de Suárez pudo verse en la prensa continental y en la española, hasta dónde había trascendido, callada y ocultamente, su modesto nombre; hasta dónde y de qué manera se le apreciaba como internacionalista y como escritor.

Un párrafo de un discurso suyo, al cual él mismo no atribuyó intención trascendente, y así hube yo de declararlo en su nombre ante el congreso nacional, hizo hablar en varios países americanos de la doctrina Suárez, de la cual trató extensamente en el Brasil el doctor Lindolfo Collor, una de las más altas competencias en la política internacional del continente.

En todas partes se citan los documentos de cancillería en los que Suárez, como ministro de Relaciones Exteriores, declaró la neutralidad de Colombia en la guerra mundial; la forma, al propio tiempo sagaz, discreta y firme, como supo defender esa neutralidad, bajo la presión aplastante de los acontecimientos y de la escasez, poniendo en salvo la independencia nacional y a cubierto el país de aventuras quijotescas.

Nunca podré olvidar la emoción patriótica que hizo palpar mi corazón colombiano en el palacio Monroe de Río de Janeiro, donde se hallaba reunido el congreso internacional de jurisconsultos americanos, cuando en sesión pública y solemne el doctor Arbo, jefe de la delegación del Paraguay, propuso que el congreso en pie, guardando silencio durante dos minutos, rindiera homenaje a la memoria del señor don Marco Fidel Suárez, fallecido varios meses antes de la reunión de ese ilustre congreso. Apoyó su moción con un discurso en que se pudo admirar la exacta y variada información, en países extraños y remotos, de la espiritual y difusa influencia de un hombre, cuya figura en su propio país oscurecían o deformaban las luchas políticas. En tal ocasión, como delegado de Colombia, hube de corresponder inmediatamente con proposición similar y con el elogio del doctor Manuel Gondra, que fue presidente del Paraguay, el más ilustre de sus internacionalistas y grande amigo de Colombia. Ello dio pie para que la prensa hablara de nuevo de Suárez y con favorables referencias a su patria. Se llegó a citar a Suárez a la par del Barón de Río Branco, lo que en el Brasil constituye una prenda de estimación nunca prodigada.

*
* *

Se ha dicho por sus adversarios que el señor Suárez era soberbio y empecinado. Yo debo dar ante la historia un testimonio contrario. Seré muy breve; no quiero en esta ocasión inadecuada dejarme deslizar a una exposición puntual y documentada que será materia de un libro.

Cuando en 1920, en momento extremadamente complejo y delicado de nuestra vida internacional, sorprendiome el presidente con su llamada a palacio para ofrecerme el no envidiable puesto, en tales días, de ministro de Relaciones Exteriores, estaba para firmarse con el Perú un tratado que sometía a la decisión de un árbitro las diferencias entre los dos países en materia de límites.

El señor Suárez y algunos de sus consejeros más influyentes consideraban que tal era el medio práctico y conveniente de poner tér-

mino a un litigio secular, que cada día se hacía más grave. Yo era adversario declarado del arbitramento para ese caso especial; así lo dije al presidente, agregando que si nuestra magna cuestión con los Estados Unidos atravesaba un instante singularmente difícil, si en el arbitramento con Venezuela ante el tribunal suizo no todo era tranquilizador, yo aceptaría, sin embargo, la responsabilidad del ministerio, siempre que se me permitiera detener, romper, si era preciso, el convenio de arbitramento con el Perú, para intentar un arreglo directo. Con el asentimiento del presidente me hice cargo de la cancillería, cuando el doctor Pedro M. Oliveira, plenipotenciario del Perú, subía el río Magdalena para firmar a su llegada a Bogotá el tratado ya convenido, y cuando se recibía de nuestro hábil ministro en Lima un cable anunciando que lo único que faltaba, es decir, la designación del árbitro, la dejaba el Perú al libre escogimiento de Colombia, con la sola excepción de un soberano que el cable nombraba.

Vino luego la difícil discusión, radicada aquí, con el muy inteligente y muy preparado doctor Oliveira, sobre el abandono de la vía del arbitraje, sobre la naturaleza y los términos de un tratado directo, y, sobre todo, la renuncia por parte del Perú a toda pretensión al norte del río Putumayo y especialmente a las hoyas del Ingaparaná y del Caraparaná, con el aviso constante y la cooperación de nuestro ministro en Lima. Cuando todo eso se consiguió, y, en principio, para ser discutido y determinado luego, un acceso de Colombia, por territorio propio, a la margen izquierda del Amazonas, el presidente y el ministro de Relaciones Exteriores resolvieron, contra la opinión de la comisión de Relaciones, trasladar la firma del tratado a Lima. Un miembro muy inteligente de esa comisión, impugnando ese traslado, llegó a decir que el ministro, al menos por amor propio, no debía renunciar a que el tratado se llamase en lo futuro García Ortiz-Oliveira; a lo cual el ministro respondió que si él fuera hombre capaz de decidir esa clase de asuntos por esa clase de consideraciones, sería indigno de su cargo.

La razón decisiva en el ánimo del presidente y del ministro de Relaciones Exteriores para hacer firmar el tratado en Lima, fue la de que así se aumentaban en mucho las probabilidades de su aprobación y ratificación por parte del Perú.

Lo que vino después, comprobó y justificó la previsión de esos dos funcionarios. Si firmado en Lima por el canciller peruano, bajo el control directo de un jefe de Estado del poder y del prestigio entonces del presidente Leguía, con el concepto inmediato y directo de los consejeros oficiales y oficiosos de ese gobierno, tropezó con seis años de inconvenientes y obstáculos para ser aprobado y ratificado, ¿qué hubiera sucedido si hubiese sido firmado en Bogotá por un ministro peruano aislado aquí y que hubiera servido por ello de víctima expiatoria, de cordero emisario para los innumerables peruanos enemigos del tratado? Para obtener al fin esa aprobación y esa ratificación fue preciso quitarles a tales enemigos el apoyo decisivo del Brasil, convenciendo a los tradicionales adversarios del interés colom-

biano, desde los tiempos del Barón de Río Branco, en el palacio de Itamaraty, de la buena fe de Colombia, o neutralizando su acción, como se logró en Río de Janeiro desde 1925 a 1928.

El señor Suárez, en sesión secreta y solemne de la cámara de representantes, en el año de 1924, adonde fue llamado con el ministro de Relaciones Exteriores que lo acompañó en tal negociación, para explicarla en sus antecedentes y en su desarrollo a la representación nacional, quiso atribuírle a tal ministro como lo recuerdan personas presentes entonces allí y ahora aquí, la parte mayor de mérito patriótico en tal gestión trascendente. Ese ministro no pudo aceptar tamaño honra, y atribuyendo al presidente todo lo que le era debido, distribuyó el resto entre todos los funcionarios y agentes de la república que intervinieron en el asunto, como es de justicia.

El señor Suárez, en uno de sus *Sueños de Luciano*, insistió en su concepto al hablar del cambio de rumbo del arbitraje al arreglo directo y de la autonomía que en tal negocio dejó entera a su ministro responsable. Finalizada tan larga, accidentada y espinosa negociación, desde Río de Janeiro hube de insistir en la equidad de mi actitud.

Pero a quien obra y habla como el señor Suárez, en materia de tal trascendencia, no se le puede calificar de empecinado, de soberbio y mucho menos de vanidoso.

*
* *

El señor Suárez se exaltó a sí mismo y exaltó a su país cuando en forma tan seria y tan digna dejó el palacio presidencial, para que una política enloquecida no comprometiera el definitivo arreglo de las diferencias con los Estados Unidos, originadas por la separación de Panamá. Toda la prensa del continente lo llenó de elogios y comenzó a acentuarse entonces el concepto favorable a Colombia, que ha venido confirmándose luégo. Cuando así se respetaba y se admiraba a Suárez en el extranjero, aquí se le cubría de vilipendio.

Ello fue obra de una poderosa conjunción política, la más fuerte que he visto durante una vida que no es corta. Poderosa por la masa y por el ardimiento, por la heterogeneidad de los elementos unidos ruda y pasionalmente con el fin único de volcar el gobierno del señor Suárez, y sin escrúpulos en la elección de los medios. Algunos de éstos fueron usados por personas de nombre y de posición sin temor de descalificarse. El liberalismo fue a ella entero, con raras excepciones individuales, con el impulso natural, lógico e incontenible de dar en tierra con el régimen conservador de treinta y cinco años. Pero los abundantes elementos conservadores opositores fueron movidos al parecer por una notoria inquina personal contra el jefe del gobierno, y por otras causas que no alcanzo a discriminar ni a mí me corresponde hacerlo.

Esa conjunción se mostró temible en la calle, en la prensa y en la tribuna, sobre todo en la del parlamento, donde llegó a iniciarse

una acusación contra el presidente de la república, en medio de estruendosos aplausos de barras colmadas e interventoras.

El ministro de Relaciones Exteriores, que acompañaba al señor Suárez, aparecía extraño al asunto, pues a pesar de la malquerencia personal hacia él de algunos conductores de la empresa, las mayorías del congreso le habían sido favorables y, más aún, habían apartado de su cabeza varios intentos hostiles.

A pesar de tan impropicio ambiente para un miembro del gobierno atacado, liberales y conservadores en mayoría le dieron a ese ministro la inusitada facultad de hacer, a su discreción, gastos secretos en el ramo de Relaciones Exteriores hasta por la suma de sesenta mil pesos oro, de que no hizo uso, al propio tiempo que la cámara de representantes declaraba que ese ministro había hecho bien, en las circunstancias de entonces, de no rendir la memoria reglamentaria. Fuera de ello, ese Ministro de Relaciones Exteriores no se hallaba solidarizado con la política interna ni en ella le cabía alguna responsabilidad, pues había obtenido del señor Suárez que lo dejara confinado a los negocios exteriores, sin intervenir en forma de comisión del consejo de ministros, en los asuntos adscritos a otros ministerios.

Resuelta la renuncia del señor Suárez y la disolución de su gobierno, a ese ministro, dejado de lado por aquellos motivos o por su insignificancia personal, sólo le restaba retirarse al sosiego de su casa y de sus libros, no sin la satisfacción de escapar ileso. Pero en presencia de un ataque sin precedentes a la honra personal del señor Suárez, resolvió presentarse en esa cámara ardiente a defender la persona del jefe de la administración. Funcionario muy influyente en el gobierno hubo de aconsejarle que no hiciera tal y se refugiara callado en su biblioteca. A lo cual ese ministro hubo de responderle que no buscaba ese refugio porque allí se encontraría frente a frente, de día y de noche, despierto y dormido, en la más estrecha y perenne intimidad con un señor Laureano García Ortiz, que no lo dejaría vivir en cuanto supiera que a ese recinto llegaba ileso por desleal y cobarde. De modo que siempre intentó esa defensa, y al terminarla pudo decir:

“Los hombres políticos que dirigen esta campaña, no contra el gobierno, sino contra la persona del señor Suárez, carecen del sentido de la perspectiva histórica. Si se preocuparan de tal perspectiva, no adelantarían esa empresa con las armas que usan. La historia, lejos de serles propicia, será para ellos implacablemente severa. Puede llegar el día en que lamenten el estigma que para sí y su estirpe están buscando hoy con corazón ligero. En un congreso como éste se acusó al Precursor, al general Nariño, de que se había robado el producto de la renta de diezmos y de que había traicionado la causa de la independencia, cuando aún tenía las piernas laceradas por los grilletes de las prisiones españolas. Los descendientes de esos acusadores no gustan de que se les hable de ello, y la historia misericordiosa sustituyó sus nombres, en tan triste relato, por discretos puntos suspensi-

vos, mientras que la efigie del acusado se alza en bronce en las plazas públicas y su memoria se guarda en todo corazón colombiano.

"En un congreso como éste se acusó al Hombre de las Leyes, al general Santander, de que se había robado gran parte del producto del empréstito del año de 1824, con el cual se completó en Ayacucho la independencia de toda la América. Quizás sólo yo, en este colmado recinto, podría decir, en voz baja, el nombre de esos acusadores que la historia ha querido olvidar, mientras que la efigie del acusado se alza también en bronce en las plazas públicas y su memoria se guarda celosamente en todo corazón colombiano.

"Talvez más pronto de lo que sospechamos, los mismos acusadores del señor Suárez que le dicen indelicado en el manejo de dinero, le acusan de malversaciones del erario, de carente de honor y de dignidad, quieran olvidar que lo han dicho y que lo olviden quienes lo escucharon. Talvez más pronto de lo que sospechamos, se diga en voz alta lo que muchos están pensando aquí mismo en esta hora oscura, es a saber: que en esta cristiana y genuina democracia colombiana, creada, acrecida y fortalecida por unos y otros, el señor Suárez, desde cuna humilde y pobre, solamente por su clarísima inteligencia, por la orientación definida de su voluntad, por sus austeras virtudes privadas, por la modestia de su vida, por su pluma sabia y castiza, por sus ascensionales servicios al país, ha podido llegar al primer puesto de Colombia. Debido a todo ello, no tardará el día en que Colombia lo lleve al panteón de sus hijos más ilustres, lo que sería el portal de la consagración suprema y definitiva del bronce.

"Yo puedo asegurar que eso dirá la historia, y quienes quieran hacer historia y figurar en ella, no deben descuidar la perspectiva histórica."

El ministro que tal dijo recuerda que fue interrumpido por uno de sus oyentes, con una frase semejante o equivalente a otra pronunciada hace veinte siglos y que aún resuena en los oídos de una raza dispersa en el mundo: "Que caiga sobre nuestras cabezas y las de nuestros hijos la sangre del justo."

*
* * *

El señor Suárez renunció el mando y salió de la presidencia tan desnudo como del vientre de su madre. En todos los países del mundo, en los tiempos que alcanzamos, a quien por varios años le da honestamente su tiempo y su actividad al Estado, como ningún sueldo oficial alcanza sino para las necesidades primordiales en cada jerarquía, cuando le llega la invalidez, por los años o por las dolencias, el Estado le mantiene la llama de la vida que va a extinguirse, evitando así la mendicidad en sus servidores, asegurándoles el retiro.

Y cuando los servicios son de la calidad más eminente, cuando se han llevado sobre los hombros las más pesadas responsabilidades o en el pecho las más altas representaciones, ya como pilotos, ya como vigías de la comunidad, entonces no sólo la vida, sino el de-

coro de ellos está asegurado, porque la justicia así lo exige y la dignidad del país así lo impone. Eso que es así en todas partes, no lo es en Colombia.

Al descender Suárez del solio, buscando el amparo de su modesto techo, encontró que su hogar ya no era suyo. A Colombia le había entregado todo el esfuerzo de su vida. Colombia apenas le había pagado su salario de obrero; pero el día que ya no necesitó de sus servicios, lo dejó en la calle. Colombia le había dado honores, pero lo compensó con vilipendios. Suárez le había resuelto a Colombia sus pleitos y asegurádole su territorio, y en tal servicio él había perdido su casa. Tal predicamento es preciso corregirlo, no sólo para los porteros, sino también para los presidentes.

En tales circunstancias, el señor Suárez se agarró a su pluma, su arma ofensiva y defensiva. El vigor incontrastable de esa alma se sobrepuso a los años y a las enfermedades, y en el espacio de meses realizó obra de producción intelectual que habría sido portentosa en hombres no ordinarios en inteligencia, ilustración, juventud y fuerza.

A medida que aparecían, en el luminoso y atormentado crepúsculo del señor Suárez, sus singulares *Sueños de Luciano*, tan admirables para muchos, tan mortificantes para no pocos, pero por todos tan esperados y leídos, yo, que los admiro y quiero como obra magna de nuestra lengua, como libro excepcional y *sui generis*, no sólo de la literatura latinoamericana sino de la española, como repertorio riquísimo de ideas, sucesos y caracteres colombianos, y como acto natural, legítimo y justificado de afirmación y reivindicación de la original y poderosa personalidad de su autor, yo, digo, a pesar de todo ello no podía ni puedo por mis principios, por mis opiniones, por mi escuela, por mi temperamento, adherirme a muchos de sus conceptos filosóficos y políticos, ni acoger algunas de sus apreciaciones de acontecimientos y personas, ni seguir con la vista y el deseo complacientes agnos de sus temibles dardos.

Creía y creo que el mejor homenaje que puede rendirse a obra de tanta significación y de tanta enjundia, es el de enfrentarle con sinceridad y con modestia apreciaciones y conceptos divergentes, cuando no antagónicos, que si desprovistos de aquella inimitable e incomparable corrección y casticidad de la forma, llevaran al menos el sello auténtico del más insospechable personal desinterés. Que lo intente quien se sienta en capacidad intelectual y moral para ello.

*
* * *

Ciertos actos del señor Suárez confinaron con el heroísmo. En la vía de la perfección humana, de la elevación del espíritu, de la formación del carácter, yo los preferiría al acto súbito e improvisado del héroe de San Mateo. En los finales de la administración Suárez, a causa de repercusiones de la guerra mundial apenas terminada, al propio tiempo que se redujeron a nada las rentas públicas, se cerra-

ron herméticamente las fuentes de todo recurso para el gobierno. Ningún servicio público podía atenderse; los jueces y los maestros de escuela se declaraban en huelga; en el ejército y en la policía se presentaban casos de insubordinación, aún más, de sublevación; los sueldos y gastos oficiales se habían reducido hasta lo increíble; un ministro de Estado ganaba trescientos cuarenta pesos; el servicio diplomático quedó reducido a lo absolutamente indispensable en presencia de los graves negocios que estaban en desarrollo; las obras públicas suspendidas por entero. Todo ello coincidió con la campaña política que combatía furiosa e implacable al gobierno, o más bien, la situación de penuria de éste era la causa eficiente y única de esa campaña. En tales días el senado americano ratificó el tratado que fijaba en veinticinco millones de dólares la indemnización para Colombia. Inmediatamente se le abrieron facilidades al gobierno, si éste consentía en descontar el total o una parte de esa indemnización. Para el gobierno eso era la holgura y el triunfo al finalizar su período. Las voces más altas de la oposición podían reducirse al silencio o convertirse en aplausos, como lo demostró meses después el presidente Ospina con poca cosa. Pero el general Pedro Nel Ospina era un realista, hombre de negocios, que sabía prácticamente hacer desaparecer los obstáculos, y el señor Suárez era un intelectual sistemático, que consideraba lucha de ideas lo que no era, en ciertas gentes, sino rebatiña de apetitos. El señor Suárez había dicho que ni un solo centavo de la indemnización americana se gastaría en su gobierno, que se la dejaría íntegra al gobierno sucesor, que su delicadeza no le permitía aprovecharse del resultado en dinero de un tratado internacional que había sido su propia obra, y en aquella situación pavorosa así lo cumplió, ante la calumnia, la injuria y el vilipendio. Si tal cosa no es heroísmo, en una de sus formas sublimes, yo ignoro lo que se llama con tal nombre. Y en presencia de tan excelsa actitud se hablaba de la indelicadeza del señor Suárez, porque por su pobreza, para cumplir compromisos pecuniarios inaplazables, vendió con descuento alguno de los sueldos de su empleo.



Voy a recordar cómo conocí al señor Suárez.

Siendo yo muy niño, oí hablar de un joven antioqueño, extraordinariamente inteligente, que en la celebración del centenario de don Andrés Bello, en concurso promovido por la Academia Colombiana de la Lengua, había obtenido el primer premio con estudios gramaticales de excepcional valor.

Luégo, en un tomo de alguna revista bogotana, quizá del famoso *Repertorio Colombiano*, leí un discurso del señor Marco Fidel Suárez, aquel joven laureado, sobre el *Carácter*. Repetí su lectura varias veces, seducido sin duda por el tema y por el estilo. No hace mucho tiempo, cuando apareció un volumen con escritos escogidos del señor Suárez, encontré allí aquel discurso. Hube de releerlo y, naturalmente, ya no me pareció tan admirable, sin duda por hallarse al

lado de piezas de mayor valor. La prosa de ese discurso no la encontré tan sabia como la posterior, pero más clara.

Más tarde, por los lados de San Victorino, me señalaron con su nombre un joven que entonces me pareció muy alto (no lo fue tanto), de color blanco rosado, de barba cerrada, ésta y el cabello castaños, de mirada muy viva, de aspecto modesto y receloso, que caminaba, sin ser cojo, con un movimiento especial, sin duda determinado por tener un hombro un poco más elevado que el otro, y a quien seguí viendo con frecuencia por los mismos sitios. Para él el vestido no tenía otro objeto que el de cubrir honesta y decentemente el cuerpo. De ordinario no usaba abrigo, ni bastón, ni cadenas, ni alfileres, ni adimínculo ninguno que le estorbase o complicara su indumentaria. Iba siempre con los brazos sueltos y las manos libres, como pronto o listo para la lucha.

Más tarde nos pusimos en relación más o menos como él mismo lo cuenta en uno de sus *Sueños*, y mucho más tarde, siendo yo gerente de un banco, celebré y discutí con él algunos negocios.

El trato personal me hizo conocer, comprender, admirar y compadecer al señor Suárez.

Hará cosa de un poco más de veinte años, pues creo recordar que fue en 1908 o 1909, en París estuvieron reunidos en torno de una mesa tres colombianos: Jorge Roa, Luis Martínez Silva y quien esto rememora. Ellos dos y Marco Fidel Suárez habían constituido una trinidad estrechamente unida, como alumnos primero, quizá como profesores luego, en el colegio del Espíritu Santo, de Bogotá, dirigido por don Sergio Arboleda, convertido luego por monseñor Agnozzi, delegado pontificio, en universidad católica. Es preciso no confundir aquel colegio con otro más antiguo y muy famoso del mismo nombre, también de Bogotá, regentado por el doctor Lorenzo María Lleras, foco de cultura, donde entre muchos otros se educó Efraín, el novio de María. El Espíritu Santo del señor Arboleda era netamente conservador. El Espíritu Santo del doctor Lleras era liberal, pero no sectario.

En aquella recordada ocasión, en mi presencia Roa y Martínez hacían reminiscencias de aquellos tiempos, y necesaria y naturalmente, en ellas figuraba Suárez. Se cambiaron conceptos sobre esa personalidad tan original, tan señalada y ya tan discutida. En mis dos avisados interlocutores pude notar la persistente huella que deja el contacto de una naturaleza más acentuada y fuerte que las comunes y ordinarias; se habló de sus talentos y se expresaron varios rasgos de su carácter, señalando algunas dudas sobre su significación. Yo, que ya tenía mi propio concepto sobre Suárez, propuse una interpretación de sus acciones.

En Marco Fidel, dije, la fe cristiana es de una sinceridad y de una eficacia incuestionables. Es extraño, en absoluto, al tipo clásico del hipócrita, del Tartufo, que no es escaso entre algunos copartidarios de ustedes, y al cual tipo la religión le sirve de escabel para alcanzar ciertas posiciones y ciertas gangas, cuando no de pantalla o de careta para esconder malas acciones y feos apetitos. En la fuerte na-

turalidad de Suárez las pasiones son terribles, y a su influjo, algunas veces, su primer movimiento no es bueno, y llega a equivocar la ruta; pero en él es tan positivo y eficaz el freno de la religión, por inquebrantable convicción filosófica, que pronto le trae domados y sumisos los corceles desbocados de esas pasiones, y entonces repara el daño si lo hubo y pide perdón hasta de intenciones. No es raro que por castigarse a sí mismo lleve la humildad hasta más allá de lo preciso y justo. Para hacer más vivo mi concepto, exagerándolo, agregué: las fortísimas pasiones del señor Suárez en su ímpetu inicial, sin su religión, lo habrían llevado varias veces a la cárcel. Si el verdadero valor es dominar el miedo, la verdadera virtud es dominar los instintos. No se hable de virtud sin lucha y sin victoria; por ello los romanos la entendían sólo como fuerza. Los santitos sin pasiones irán sin duda al cielo, pero al coro de las once mil vírgenes.

Después de estudiar y discutir este ensayo de interpretación, mis dos compañeros, viejos e íntimos amigos de Suárez, no sólo lo hallaron perfectamente admisible, sino que lo ilustraron y confirmaron con acciones concretas que yo muy bien recuerdo, pero que no puedo referir ahora. Impetus de soberbia incontenibles, quebrantados por palabras o actos de verídica humildad; acendrados rencores, constreñidos a dejar el puesto a benévolas iniciativas; daños a las personas y a las cosas, compensados con desagravios inesperados o con reparaciones inequívocas.

Para completar la semblanza del señor Suárez, hablé de la susceptibilidad, de la sensibilidad excesiva de su temperamento, que centuplicaba y agudizaba sus sufrimientos en el contacto y roce con los hombres.

Cuenta la tradición cristiana que a san Bartolomé lo martirizaron los gentiles despojándolo cuidadosamente de su piel. Así aparece en antiguos lienzos o retablos: el mártir en carne viva, llevando la piel colgada en el brazo, a la manera como hoy llevamos el abrigo. Si el santo apóstol pudo vivir algunas horas sin la coraza natural de la epidermis, es de pensar cuál sería esa exacerbada susceptibilidad, superaguda e indefensa, esa exasperante sensibilidad de las papilas terminales de los nervios al aire, en descubierto, lacerándose con la más ligera impresión, con el más leve contacto. Un insectillo inofensivo que allí posara, un grano de arena que el viento allí llevara, acrecentarían el suplicio hasta el paroxismo. Se me antoja que Marco Fidel Suárez es un san Bartolomé desollado.

Años después, siendo el señor Suárez presidente de la república y el doctor Roa ministro de guerra, cuando yo lo era de relaciones exteriores, el primero debió conocer por el segundo mi apreciación y mi símil, porque alguna vez me recibió con una sonrisa enigmática y díjome: "¿Conque un san Bartolomé desollado?"

Nunca supe a derechas si le gustó o disgustó tal definición, porque su complicada sicología le hacía encontrar agradables ciertos ataques de sus enemigos y lastimarse ásperamente con algunos elogios de sus amigos. Su aguda hiperestesia anormal, en ocasiones hacía difícil prever el efecto que sobre su sensibilidad hicieran ciertas ma-

nifestaciones. Asimismo, la no común sutileza de su mente le hacía encontrar en actos y palabras ajenas, intrincados y recónditos motivos.

*
* * *

El señor Suárez fue, como muchos grandes hombres, el hijo de su madre, cuyo nombre amó sobre todas las cosas, más que la riqueza, más que el prestigio, más que la vanidad. Ella fue para él la inspiradora, el sostén y el refugio aliviador. Únicamente en su seno encontraba reposo la exasperación de su sensibilidad. "Mi abejita diligente", decía al referirse a ella. Con tal expresión evocaba todas las condiciones atrayentes del interesante insecto: la actividad, la disciplina, la limpieza, la dulzura, el aroma y también la defensa.

Hay personas que saben de memoria la incomparable y austera redacción del cartel público en que anunció la muerte y el entierro de la que le dio el ser y con su propia virtud lo hizo presidente de la república. No se sabe qué admirar más en ese cartel: si la humildad del cristiano, el amor del hijo o el orgullo del hombre.

En una de las ocasiones en que se refiere incidentalmente el señor Suárez, en los *Sueños de Luciano*, a la persona que está hablando, después de mi nombre agrega: "Amigo como pocos."

Es el mayor elogio que se me ha hecho y el único que creo merecer.

Estando muy lejos de estos lugares llegóme la noticia de su muerte, y al llegar luégo la solución integral y definitiva para Colombia de la cuestión amazónica, por cable comisioné a un irreducible adversario ideológico del señor Suárez, pero inteligentísimo admirador de su persona (1), que llevara en mi nombre unas flores a esa tumba colombiana tan señalada. Hoy, la generosidad del gobierno ha querido que yo rinda ante el retrato de Suárez esta corona de verdad, y la termino diciendo como el poeta:

"Yo fui su amigo y por tal me tenía."

(1) Don Luis Eduardo Nieto Caballero.